

Perspectivas o tendencias de la educación en Europa*

JAN KERKHOFS SJ

Declaremos primero que, para esta conferencia, soy solamente reemplazante del Sr. Jérôme Vignos, largo tiempo consejero de los presidentes J. Delors y J. Santer, responsable de la Célula de Prospectiva, la “think tank” de la Comisión Europea en Bruselas. No soy experto en materia de educación en general y me he interesado sobre todo en la enseñanza universitaria y su evolución.

No soy profeta. ¿Quién podría serlo en una época de tan fantástica aceleración de nuestra historia? Educar, hoy mucho más que en el pasado, es acompañar en la correcta integración de un cambio duradero. Más que nunca resuenan las palabras de Paul Valéry concluyendo, hace muchos decenios, una exposición a los alumnos del liceo de Sète: “Se trata de hacer de vosotros hombres dispuestos a afrontar lo que nunca ha sido”. Esta confrontación con lo inédito vale para todos los educadores y ciertamente para los docentes de religión, de cualquier religión.

El tema es vastísimo. Trataré primero en general de la educación en Europa en vísperas del tercer milenio y después un poco más en particular de la educación religiosa.

* Ponencia presentada en el VIII Foro de Enseñanza Religiosa (Lisboa, 1998).

Las perspectivas de la educación en Europa en las vísperas del tercer milenio.

La educación representa un sector de extrema importancia en Europa. Durante el año escolar 1994-1995, había casi 83 millones de alumnos y estudiantes en la Unión Europea, lo que representa en torno al 22% de la población total¹.

La educación comprende no solamente la enseñanza sino toda la formación que se recibe desde el nacimiento, en casa, en la escuela, en los clubes y movimientos de juventud, por los amigos, a través de los medios, en los lugares de trabajo, en un mundo en el que los conocimientos evolucionan continuamente, como las escalas de valor. Para no quedar atrás, hay que aprender constantemente. En la industria las técnicas se renuevan cada cinco años en un 80% aproximadamente y cada diez años la nueva generación de ordenadores es cien veces más potente que la anterior...

Como saben ustedes, hace unos pocos años la Unesco confió a una comisión internacional presidida por Jacques Delors la redacción de un informe sobre la educación para el siglo veintiuno. El informe fue publicado en 1996 con el título *La educación encierra un tesoro*².

En su introducción, titulada 'La educación o la utopía necesaria', Jacques Delors expresa sus propias convicciones y esperanzas. Su punto de partida es un juicio crítico sobre los aspectos demasiado unidimensionales y muy a menudo injustos que caracterizan a la comunidad mundial. Aunque se han hecho esfuerzos para remediarlo, "de todas formas el 'crecimiento económico a ultranza' no se puede considerar ya como el camino más fácil hacia la conciliación del progreso material y la equidad, el respeto de la

¹ *Les chiffres clés de l'éducation dans l'Union européenne*, Commission européenne, Luxembourg, 1997, 4.

² La versión española, publicada por Santillana-Unesco.

condición humana y del capital natural que debemos transmitir, en buen estado, a las generaciones futuras”.³

Desde la última guerra mundial, con sus 50 millones de víctimas, se han producido unas 150 guerras que han supuesto 20 millones de muertos, antes y también después de la caída del muro de Berlín. Por todas partes, a pesar de que crece la interdependencia de los pueblos, así como la globalización de las cuestiones económicas y políticas, se incuban tensiones nacionales y étnicas.

En fin muchos pueblos, en la misma Europa, no conocen todavía sistemas que permitan participar en la elaboración de su futuro, e incluso allí donde la democracia existe también ella parece a veces desdibujarse.

Frente a estos grandes desafíos necesitamos, dice Delors, repensar los sistemas de educación. Deben ayudarnos a superar varias tensiones: entre lo global y lo local, entre lo universal y lo singular, entre tradición y modernidad, entre el plazo largo y el corto, entre la indispensable competición y la preocupación por la igualdad de oportunidades y las capacidades de asimilación del hombre, en fin y sobre todo entre lo espiritual y lo material. Frente a estos desafíos es inmensa la tarea de los educadores, promotores de un humanismo verdadero y nuevo.

Sobre este trasfondo de Delors, sucintamente bosquejado, precisemos ahora algunas grandes tendencias que me parecen de las más importantes.

Hacia el año 1850 los países que habían vencido el analfabetismo eran sobre todo los de confesión protestante (Suecia, Prusia, Escocia, Inglaterra y Gales, en los que se contaba menos de 30% de analfabetos); Austria, Francia y Bélgica estaban entre el 42 y el 47 %; Italia y España en torno al 75% y la Rusia ortodoxa 92%⁴. Hoy la enseñanza se ha hecho obligatoria

³ O.c. 15.

por todo el mundo. Ello no impide que incluso en Europa occidental haya todavía casi un 10% de personas prácticamente analfabetas, es decir que de hecho no leen o leen poco, escriben con dificultad y reciben sus informaciones casi en exclusiva por un audiovisual que no ofrece coherencia. Este grupo coincide ampliamente con la capa más pobre de la población. Puede incluso que se toque con esto una barrera que probablemente siga en pie el próximo siglo.

Un segundo fenómeno particularmente importante es el del acceso de las mujeres a la enseñanza. Antes de la primera guerra mundial muy pocas mujeres habían podido disfrutar de una enseñanza secundaria, como fue igualmente el caso respecto de su acceso a la enseñanza universitaria antes de la segunda guerra mundial. Desde entonces el porcentaje de mujeres entre los estudiantes universitarios ha crecido de tal modo que en muchos países las mujeres han alcanzado e incluso sobrepasado el porcentaje de sus colegas masculinos. Gracias a la evolución del sector servicios en las economías nacionales, tienen empleos a tiempo pleno o parcial cada vez más importantes. Y algunas profesiones, como la medicina y la enseñanza, se han convertido en mayoritariamente femeninas. La coeducación entre tanto se ha generalizado, introduciendo nuevas relaciones entre chicos y chicas, y entre hombres y mujeres en general. Sus consecuencias psicológicas y éticas no pueden subestimarse.

Está, después, un tercer fenómeno que como el precedente surgió sobre todo en los países de la Europa nórdica. Los niños llegan a la escuela cada vez en edad más temprana. Esto ha llevado como primera consecuencia a un debilitamiento del papel educador de la familia. Cada grupo de edad ha ido recibiendo una educación más capaz que la precedente, lo que produce una diferenciación de nivel entre generaciones, causa a veces de polarizaciones y frustraciones. Sin embargo todos los europeos concuerdan en que, en un mundo en aceleración, la enseñanza recibida es de

⁴ A. Peyrefitte, *La société de confiance*, Odile Jacob, Paris, 1995, 437.

primerísima importancia, sobre todo para encontrar un empleo, en lo posible bien remunerado. La investigación europea sobre los valores ilustra la gran confianza que nuestros conciudadanos ponen en la enseñanza.

En cuarto lugar hay que señalar la explosión de la enseñanza superior, sobre todo universitaria. El número de nuevas universidades y la cantidad siempre creciente de estudiantes son impresionantes. Aquí se debe hablar verdaderamente de un cambio en Europa desde la segunda guerra mundial. La inversión en materia gris se ha convertido en la más importante y lo será todavía más. Entre 1975-76 y 1992-93 en la Europa de los Doce la participación en la enseñanza primaria disminuyó en 28.8 millones de alumnos a 22.7 (baja en la tasa de natalidad) mientras que entre 1980-81 y 1992-93 la enseñanza secundaria superior conoció un aumento de 15.5 millones de alumnos a 18.2, y la enseñanza universitaria saltó de 5.1 millones de estudiantes en 1975-76 (sin la antigua DDR) a 10.0 millones en 1992-93 (comprendida ya la Alemania del Este). Este último aumento ha sido fuerte sobre todo en Austria, pero también en España, Irlanda y Portugal, tres países que tradicionalmente estaban entre los más pobres y en los que todavía hoy el conocimiento de lenguas extranjeras y el uso del ordenador están muy por debajo de la media europea.

En el cuadro de estos fenómenos mayores el Informe de la Unesco, abogando por una educación para todos a lo largo de la vida, pide que esté fundada sobre cuatro pilares: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. Estos cuatro pilares deben estar siempre conectados.

Ante todo aprender a conocer. Por todas partes se constata que los programas escolares están cada vez más sobrecargados. Cada docente subraya la importancia de su especialidad, a menudo empujado por las necesidades de una economía que busca personal muy calificado en un sector preciso y limitado. Esto conduce a los alumnos a verse enfrentados a una sobreinformación. El saber se hace caótico y la construcción de la identi-

dad humana de cada alumno sufre por ello. Se corre el riesgo de convertirse en minúsculos especialistas que no disponen de un bagaje cultural coherente. Esta tendencia es característica en la mentalidad posmoderna. Ya Jean-Marie Domenach se había quejado de ello cuando escribió en "*Ce qu'il faut enseigner*"⁵:

"El desprecio de la cultura general conduciría a tal fragmentación que la comunicación entre las especialidades se haría cada vez más difícil. Entonces la *idiocia* retomaría todo su valor etimológico: encerrar en un saber y en una técnica estrechamente limitadas... Y es que más allá, o más bien más acá de la comunicación entre especialidades, se plantea el problema de la comunicación entre ciudadanos. El hundimiento del *corpus* suprime, en efecto, las referencias que alimentaban las conversaciones y ponían las bases de una moral y de una sabiduría elementales. Proverbios, dichos, metáforas usuales, leyendas, fábulas y cuentos formaban el tejido del imaginario nacional. De todo ello no queda gran cosa. La enseñanza de la cultura general en una gran escuela me ha revelado esta dificultad primordial: mis referencias tradicionales no son ya comprendidas más que por una pequeña minoría..." En efecto, dice Domenach, "una sociedad como la nuestra, que ha roto sus amarras con un orden antiguo garantizado por la religión, necesita reconstituirse en torno a ciertos pilares tradicionales... La cuestión es saber si la especialización hará definitivamente estallar la cultura general o si nos aproximamos a un segundo Renacimiento, como muchos signos nos hacen ya pensar, lo que no supondría una segunda restauración del humanismo grecolatino (que, por provechosa que fuera, es irrealizable), sino a la constitución de un nuevo *studium generale* a partir de las adquisiciones de la modernidad"⁶.

Aprender a conocer implica no solamente la educación en el empleo de los nuevos medios de comunicación, como el ordenador personal del que to-

⁵ Seuil, Paris, 1989, 30.

⁶ O.c. 46.

dos dispondrán, como otros tiempos la bicicleta, sino también a hacer entrar de verdad en la escuela todo el aparato audiovisual (videos, televisión), como ya es el caso de más del 90% de las escuelas japonesas. Al mismo tiempo educar a aprender significa ayudar a elegir, dominar la masa de la información, no dejarse drogar por la tentación del aislamiento ante la pantalla del ordenador y de una vida en un mundo virtual, imaginario y falso. Se necesitará, en un mundo en adelante multicultural, educar a la vez en la creatividad y en el juicio, pero sobre todo a aceptar que se necesitará aprender a lo largo de toda la vida. Según el informe *"Chiffres clés de l'éducation en Europe"*, se establece con claridad una relación entre las ganas de aprender a lo largo de la vida y el nivel de instrucción: en todos los países de la Unión las personas que han dejado la escuela antes de los 15 años son menos numerosas en expresar este deseo que las que han terminado sus estudios después de los 20 años. La diferencia está un poco más señalada en los Países Bajos que en los demás y se reduce en Dinamarca y el Reino Unido. Y son sobre todo las personas de menos de 40 años las más numerosas en seguir cursos de formación continua⁷.

Toda esta evolución obligará al cuerpo de docentes mismo a aceptar la obligación de una formación continua. Como la mayoría de las demás profesiones, en adelante deberán admitir que su formación inicial no les bastará para el resto de su vida: necesitarán a lo largo de su existencia actualizar y perfeccionar sus conocimientos y sus técnicas. Lo cual no impide que el equilibrio entre la competencia en una disciplina enseñada y la competencia pedagógica deba ser cuidadosamente respetado. Esto implicará igualmente que en el cuerpo de los educadores el sentido de la interdisciplinariedad se desarrolle y que el trabajo en equipo se refuerce. Lo cual va contra el individualismo que sacraliza la propia materia y contra tradiciones muy inveteradas. Para ser creadora en este ámbito y para animar la innovación, parece necesario que se favorezca una verdadera autonomía de los establecimientos, ya no prisioneros de sistemas oficiales rígidos. Aquí

⁷ O.c., 12-13.

también hay que aplicar el principio de subsidiaridad. Estos cambios de perspectiva exigirán, sin duda, que en la opinión pública el estatuto del docente sea de verdad revalorizado. Formar hombres y mujeres es cuando menos más importante que fabricar automóviles o productos de belleza...

En una Europa unida en la que todos tienen los mismos derechos y los mismos deberes, aprender no puede convertirse en un dominio reservado a una sola categoría de niños. Todos los observadores comprueban una exclusión creciente, consecuencia de sistemas oficiales de enseñanza mal adaptados a la realidad. Los fracasos escolares no pueden ser aceptados como una fatalidad. Demasiados niños, sobre todo entre los más pobres, conocen pronto varios años de retraso. Bronislaw Geremek, antiguo profesor del Collège de France y actualmente ministro de Asuntos Exteriores en Polonia, lamenta que demasiados jóvenes se encuentren marginados en las sociedades contemporáneas, sobre todo aquellos que pertenecen a minorías. Pide, para cambiar las actitudes colectivas respecto de la alteridad, un esfuerzo educativo conjunto del Estado y de la sociedad civil, de los medios y de las colectividades religiosas, de la familia y de las asociaciones, pero también -si no en primer lugar- de las escuelas⁸. No olvidemos que es sobre todo en estos medios de niños desatendidos, viviendo en barrios pobres de nuestras grandes ciudades, donde los jóvenes buscan escapatorias hacia la droga, la sexualidad salvaje, el suicidio y la criminalidad y que son allí víctimas de un integrismo ciego.

En segundo lugar, habrá que aprender a hacer. Demasiados niños, a la edad de 15-16 años, se aburren en la escuela. A fin de interesarles mejor y mejor prepararles a un empleo, parece que el modelo alemán de la formación en alternancia entre empresa y escuela merecerá un interés renovado en el provenir en toda Europa. En este sistema 'dual' los jóvenes aprenden un oficio en una fábrica, un taller, un laboratorio, una oficina o una almacén y frecuentan paralelamente un escuela profesional uno o dos días a la sema-

⁸ O.c. 253.

na. Actualmente esta formación afecta cerca de 380 oficios homologados. Muchos jóvenes encuentran un empleo en la empresa en la que han sido formados.

Pero incluso para otros alumnos tiene ventajas cierto sistema dual. Pensemos en la formación deportiva, estética y musical, en fórmulas para ayudar a los jóvenes a publicar, a organizar coloquios, a hacer teatro, a comprometerse activamente en la protección de la naturaleza, en visitar museos y fábricas, y -¿por qué no?- a iniciarse en las tareas domésticas, tanto para los muchachos como para las jóvenes, e incluso en un mínimo de formación médica. El viejo adagio "mens sana in corpore sano" puede así encontrar aplicaciones prácticas, adaptadas a nuestra época. Así los jóvenes estarán mejor preparados para hacer la síntesis entre formación intelectual y capacidades técnicas mínimas.

En tercer lugar, se necesitará aprender a vivir juntos. En efecto la educación es una experiencia social. Nadie vivirá en una granja aislada o en una aldea cerrada. La mundialización abre a todos todas las culturas, a todas las razas, a todas las religiones. Cierta sincretismo es no solamente inevitable sino enriquecedor. Todo empleo implicará un trabajo en equipo. Pero educar en una verdadera socialización es una tarea complicada y ardua. Hablamos de educación cívica en un momento en que periódicos y televisión revelan, con razón o sin ella, una corrupción generalizada en el mundo político, económico y financiero. Se necesitará a la vez hacer conocer y amar la propia nación y la de los demás. Sin civismo europeo, será débil la confianza recíproca de los pueblos de nuestro continente.

Educar en la tolerancia no bastará. Habrá que formar en el respeto de los demás y en los sacrificios que demanda la solidaridad. Se necesitará limpiar las conciencias colectivas de prejuicios y ayudar a dejar las prisiones de las memorias étnicas o de clases. Esto implica en la misma escuela la apertura a proyectos cooperativos en actividades deportivas y culturales, pero también la participación en actividades sociales: renovación de los

barrios, ayuda a los más desfavorecidos, acción humanitaria, servicio de solidaridad entre generaciones, incluso cierta participación en la gestión de la comunidad local. Todo esto supondrá la creación en la escuela de talleres 'sociales'. Mucho, en esto, dependerá de la apertura y del compromiso de los docentes y de la visión de la dirección de la escuela. Mucho también dependerá de la colaboración de estos últimos con los padres de los alumnos y con los responsables de movimientos de juventud y de los ayuntamientos. Así es como se llegará a una verdadera educación integrada. Demos siquiera dos ejemplos para abrir puertas hacia un mejor entendimiento entre los pueblos y a una protección contra la xenofobia, siempre latente, que se expresa a veces a través de la violencia.

Ante todo, la necesidad del bilingüismo (nombro primero el inglés, después el español); un uso inteligente de la TV ayudará mucho.

En segundo lugar, la animación de intercambios y encuentros internacionales de jóvenes. Personalmente conseguí hacer arrancar, hace ya 45 años, redes europeas de colegios de la Compañía de Jesús, impulsando a los alumnos de las clases superiores a encontrarse con compañeros más allá de sus fronteras. El programa Sócrates de la Unión Europea, que engloba los programas Erasmus, Comenius y Lingua, es un medio precioso, como lo son también los lazos de hermandad estable entre escuelas de distintas regiones lingüísticas. Estas iniciativas darán ocasión de integrar raíces propias y enriquecimiento intercultural.

Aprender a vivir juntos implica que los docentes se abran a la escucha de los alumnos. Este año de 1998, Philippe Meirieu ha organizado una gran consulta de los liceos en Francia, a la que han respondido 2,2 millones de alumnos. Entre otras cosas, de ella se desprende que el contenido de la enseñanza se articule más sobre lo concreto, a través de la introducción de enseñanzas sobre la vida diaria, desde la cocina al bricolaje, pasando por la puericultura. Reclaman también, paradójicamente, más cultura general. Son numerosos (28%) los que piden que el liceo devuelva espacio a las enseñan-

zas artísticas. Los alumnos se quejan, a la vez, de tener semanas demasiado cargadas: algunos tienen treinta y seis horas de cursos por semana, es decir de cincuenta a sesenta horas de trabajo. Y a la vez oyen a los adultos reclamar la jornada de 35 horas. Si por un lado confían en sus profesores respecto del contenido de las materias, por otro denuncian una comunicación insuficiente. Piden más escucha, diálogo, seguimiento individual, reclaman una 'pedagogía de la confianza, del acompañamiento'. La enseñanza podría sea llevada a no contentarse simplemente con las 'horas de curso' y a consagrar una parte de su tiempo al acompañamiento de los alumnos. Lo que supone una modificación de la función docente. Todo esto supone un cambio en la formación de los educadores⁹.

Finalmente y tal vez por encima de todo, toda educación debe enseñar a ser. En un mundo cada vez más abierto a todas las ideologías, los educadores corren el riesgo de no atreverse a transmitir escalas de valores, no asistir a los jóvenes en la adquisición de convicciones interiorizadas y una columna vertebral ética. Se debe subrayar fuertemente que una educación neutra ni ha existido nunca ni nunca existirá en el porvenir. Aquí es donde la tradición cristiana, con su insistencia en las diferentes dimensiones de la existencia, en la síntesis de persona y comunidad, en la importancia de la paz y la justicia respecto de toda forma de convivencia, seguirá desempeñando un papel importante, incluso y sobre todo en un mundo secularizado, tentado por lo unidimensional y por la centralidad del 'yo'.

La educación religiosa de mañana.

Contrariamente al Antiguo Régimen e incluso a la situación en muchos países hasta la segunda guerra mundial, la enseñanza en Europa (con la excepción, un tanto teórica, de Bélgica) no está ya mayoritariamente dirigida por la Iglesia (clero diocesano y sobre todo religiosos y religiosas).

⁹ Ver *La Croix*, 11 de marzo de 1998.

Los Estados la financian y controlan. La disminución acelerada del cuerpo sacerdotal y religioso y su envejecimiento, la crisis institucional de la Iglesia, y el apagarse de la fe cristiana en muchas regiones han cambiado radicalmente el cuadro tradicional de la enseñanza religiosa escolar.

Todos los educadores constatan un foso enorme entre la cultura y la fe, incluso más profundamente entre los conocimientos acumulados por los jóvenes y el 'sentido'. La incultura religiosa misma de los niños de familias cristianas es grande. Edgar Morin resumía esta situación global en un artículo en *Le Monde* (13.11.1990) de este modo:

"No hay ya, en el mercado, ideología capaz de proporcionar a los alumnos mayores perspectivas y discurso. Vivimos todos ese enorme desencantamiento y en esta fase histórica en la que el proyecto está en crisis, en la que el radiante porvenir está muerto, todo el mundo vive con la nariz metida en su plato pensando que no queda futuro". Este juicio, desde luego, es exagerado de puro general, pero expresa una inquietud e inseguridad profundas.

Hemos entrado verdaderamente en una nueva época en la que se acentúa el pluralismo ideológico, la multirreligiosidad, un nihilismo vago y muy a menudo el carácter minoritario de los cristianos declarados. Las estadísticas obligan al realismo. En parte la crisis de la enseñanza religiosa está ligada a la crisis de la escuela, como expresa concisamente F. Pajer: "podríamos decir que la relación entre lo religioso y la cultura escolar ha evolucionado en razón de la desmitificación de la misma escuela como lugar selectivo de humanización y de socialización"¹⁰. Flavio Pajer resume bien el desplazamiento que "se efectúa desde lo kerigmático a lo cultural, de lo confesional a lo transconfesional y a la ética, de lo religioso cristiano a lo interreligioso y a la aproximación fenomenológica y/o histórica del hecho religioso"¹¹. Evidentemente debemos repetir que la situación en Europa ni

¹⁰ En J. Bulckens, H. Lombaerts, *L'enseignement de la religion catholique à l'enseignement secondaire. Enjeux pour la nouvelle Europe*. Bibl. Eph. Theol. Lov. CIX, Leuven, 1993, 46.

de lejos es homogénea. La enseñanza religiosa en las escuelas irlandesas difiere con mucho de la de las escuelas alemanas o neerlandesas. Además, la enseñanza confesional está muy desigualmente distribuida en Europa. En Irlanda el 75% de los alumnos de primaria y el 67% de secundaria frecuentan una escuela católica; Italia, Austria e Inglaterra alcanzan apenas el 10%. La Conferencia episcopal de Inglaterra y del País de Gales, al reconocer el pluralismo religioso en el interior de las mismas escuelas católicas, ha publicado un documento al respecto que incita a la reflexión sobre un tema cada vez más importante para la Europa de mañana: *Catholic Schools and Other Faiths*, 1997.

¿Hacia dónde vamos, en el arranque del tercer milenio? De hecho todavía la socialización religiosa se hace sobre todo en el cuadro de la familia, si bien cada vez menos. Repetimos que a la cuestión de saber cuál es la calidad que los padres desean transmitir a sus hijos en casa, la encuesta europea nos contesta que la educación religiosa viene en último lugar... y no alcanza, por ejemplo entre los padres jóvenes de Bélgica, más que un 6 %. Muy a menudo la educación cristiana en el cuadro de la familia está casi ausente entre los padres de menos de 50 años y es muy reducida la suplencia que puedan en ese caso garantizar los abuelos. Los medios no hablan apenas de la fe cristiana y a menudo si hablan de ella es de modo negativo o sensacionalista. Los movimientos cristianos de juventud, allí donde todavía tienen cierta importancia, están fuertemente secularizados. En fin, los jóvenes no representan más que un porcentaje ínfimo de practicantes regulares. Sólo hay dos lugares donde los niños pueden todavía recibir una información sobre el cristianismo y una verdadera catequesis: la escuela y los grupos de catequesis explícita, parroquiales, familiares y paraescolares.

En cuanto a las escuelas, hay que constatar que incluso en las llamadas 'católicas', porcentajes a veces elevados de docentes y de alumnos son

¹¹ O.c., 37.

agnósticos prácticos o indiferentes y disponen de un bagaje religioso muy reducido. Muy a menudo solamente se oye hablar de la fe y de las religiones en la boca del profesor de religión o en la capellanía escolar si la hay. Cada vez más los que se ocupan de la verdadera catequesis son los grupos de catequesis en la escuela y muy a menudo fuera de ella.

En efecto, el número de padres que quieren garantizar la libre elección de una fe o de una concepción de vida a sus hijos crece en todas partes -como queda bien expresado por Roland Campiche y sus colaboradores en su *"Cultures jeunes et religions en Europe"* (Cerf, 1996). H. Lombaerts constata que "los padres jóvenes no se oponen a que sus hijos sean iniciados en una religión particular. Pero estiman que, en el fondo, es asunto de sus hijos. Escogerán cuando tengan la edad de la madurez. A partir de ahí estos padres ya no se ocupan directamente de la iniciación religiosa".¹²

Afortunadamente la Iglesia dispone de centenares de millares de catequistas, muy mayoritariamente mujeres, que asumen voluntariamente el papel de acompañantes en la fe. Se puede decir que de sus compromisos depende en gran parte la fe y la calidad de ésta para las generaciones futuras. Se sigue de ello que los responsables de la Iglesia deberán prioritariamente ocuparse de estos catequistas y de su formación.

Estos catequistas no están llamados solamente a transmitir la fe con métodos de comunicación adaptados a nuestra época y al nivel de los jóvenes, sino también a ayudarles a mantener el tipo en un mundo extremadamente pluralista, con visiones y modos de vida a menudo muy extraños a una concepción cristiana. Se trata de educar en la convicción y en el testimonio. Lo cual implica que esos jóvenes deberán sentirse respaldados los unos por los otros y sobre todo por los ejemplos concretos de sus acompañantes. Estudios hechos en Escandinavia¹³ prueban que, contrariamente a un largo pasado, cada generación debe ser evangelizada de nuevo y ser preparada

¹² J. Bulckens, o.c., 8-9.

para la pertenencia a una minoría. La evangelización de los jóvenes, hay que reconocerlo, es algo de una complejidad estremecedora. Como dice Pierre Delooz: “No se trata de hacer conocer el Evangelio a alguien, ni siquiera de hacerle adherirse a él... La evangelización es un proceso vivo que ‘autonomiza’ al receptor: si el mensaje, si - mucho más - Cristo vivo no es reconocido y asumido, y por lo mismo en cierto sentido ‘reinventado’ por el receptor, no habría sino una copia estéril. Para que haya reproducción del viviente, se necesita que se transmita una información ‘autonomizante’ que haga que a la vez el receptor reciba todo y se reapropie todo a su manera so pena de no ser él mismo alguien vivo”.¹⁴

Para demasiados jóvenes la religión aparece sólo como una moral, un conjunto de prohibiciones, no como fuente de vida que implica una ética. En muchas escuelas, orientadas hacia valores económicos, no llega a plantearse la cuestión del sentido, tan central para estructurar una conciencia libre y orientada. El ‘patchwork’ es tan total en ellas como en los programas de televisión. Esta constatación sin embargo ha conducido a cierto número de responsables de la enseñanza del Estado a renegociar las condiciones de una presencia de la religión en el currículum escolar (en parte bajo la influencia de la presencia de jóvenes musulmanes). Estos responsables quieren reaccionar contra el nomadismo espiritual en torno, que favorece a veces el tirón de las sectas.

Crear una contracorriente exige que la evangelización sea comprendida como una comunicación de vida más rica, una fecundación recíproca en un clima de confianza y de transparencia, con la elaboración de un proyecto personalizante y socializante verdaderamente común. Lo cual implica un diálogo franco y cuestionamientos honrados. De hecho toda transmisión

¹³ H. Bang, *Religious Identity over Two Generations, Roman Catholic Immigrant and Convert Families in Sweden*, *Studies in Comparative and International Education*, nr 18, Institute of International Education, University of Stockholm, 1990.

¹⁴ *Contexte social d'une catéchèse de la jeunesse*, *Pro Mundi Vita*, Bulletin, 63, Novembre 1976, 2.

de valores se encuentra enfrentada a los mismos desafíos. No se trata de ningún modo de lavado de cerebros, sino de introducir libertades en las convicciones estructurantes. En lo que concierne a la evangelización explícita, esto significa que la catequesis no significa ante todo la preparación de miembros de una organización eclesial, sino de invitar a los jóvenes a asociarse a un movimiento de voluntarios. Por eso la catequesis será la más eficaz si consigue hacerse en el cuadro de familias cristianas, abiertas y testimoniantes. Lo conseguirá tanto mejor si es interfamiliar. No olvidemos que el Imperio romano se hizo cristiano sin escuela cristiana y gracias al trabajo evangelizador de pequeños grupos, a veces sí y a veces no en un contexto familiar.

El cuadro catequético de hoy y de mañana da, por otra parte, posibilidades nuevas a la evangelización. El hecho de que son sobre todo, si no exclusivamente, laicos quienes se encargan de ello, evita que los jóvenes consideren la fe como un asunto del mundo clerical o religioso. Los laicos tienen una experiencia mucho más concreta de las condiciones de vida de los jóvenes, con sus dificultades relacionales, sexuales, económicas. Tal catequesis ganará en ‘encarnación’ y dará mejor cuenta de la espesura de un mundo orientado hacia lo unidimensional y que vive, tal vez dulcemente, un vacío decepcionante. El discernimiento continuo será de ese modo mucho mejor contextualizado.

A la vez, este cuadro de catequesis encontrará nuevos desafíos. Hemos visto ya que en los países de religión mixta las parejas jóvenes admiten fácilmente un matrimonio ‘ecuménico’. Ya en 1970, de 46.000 matrimonios católicos en Gran Bretaña, casi 29.000 contaban uno de sus miembros no católico. Y desde entonces en todas partes ha crecido el porcentaje de los matrimonios mixtos. La catequesis deberá tenerlo en cuenta. Si las Iglesias deben comprometerse cada vez más en el camino de la unión, sin duda respetando los acentos variados según las diferentes tradiciones, la catequesis misma deberá también integrar esta evolución. Si no los padres caerán en un vacío entre dos Iglesias y los niños perderán pronto

toda referencia a la fe cristiana.

Puede ocurrir que ante el cuadro descrito algunos se pregunten si la Iglesia y su catequesis tienen todavía algún futuro. Sin embargo, sobre todo la Iglesia católica conserva todavía triunfos importantes para ayudar a los jóvenes a vivir en el mundo de mañana. Como 'católica', está en principio abierta a todas las culturas. Reacciona contra toda exclusión a partir de la raza, de clase social o incluso de religión. Se compromete por la paz y la justicia y promueve la no violencia. Se preocupa de los marginados y cada vez más comprende los aspectos religiosos del respeto de la naturaleza. Y sobre todo puede responder a la necesidad profunda de la búsqueda de sentido, no limitado al mundo visible. Lo que le falta es un lenguaje apropiado y una simbología actual y comprensible. No olvidemos que es la Iglesia quien pone el acento en los valores importantes a los ojos de los jóvenes: el amor, la amistad, la fidelidad y la confianza. Y ella siempre ha sabido que el sufrimiento forma parte integrante de la vida. Hoy y mañana, el gran problema para ella es el de comunicar bien sus riquezas.

Los jóvenes son muy sensibles a la autenticidad de la palabra y del testimonio. No es raro que la encuentren en instituciones graves y solemnes, sean civiles o religiosas. Muchos la buscan en pequeños grupos en el que es posible el cara a cara¹⁵. Promover verdaderas 'comunidades de base' parece - al menos en parte- la respuesta a los cuestionamientos de los jóvenes. ¿Por qué educadores y padres católicos no podrían comprometerse más animosamente en este camino? Las parroquias de mañana podrían convertirse en redes de tales comunidades. Aquí intercambios, celebraciones, ayuda mutua, hospitalidad, compartir, podrían favorecer la aparición de otros modelos de Iglesia mejor adaptados al estatuto minoritario de los creyentes de hoy y de mañana. Se puede esperar que los responsables de la Iglesia lo comprendan y lo sostengan, por ejemplo abriendo el camino a otras fórmulas de ministerio, más próximas a los padres jóvenes y a sus hijos. Ante los miedos y las esperanzas del fin de nuestro milenio, los cristianos podrán

¹⁵ Ver R. Bellah y otros, *The Habits of the Heart*, New York, 1986.

así ofrecer al mundo de manera visible aquello que este mundo necesita más: espacios en los que se viva la esperanza, una esperanza que cree en un futuro mejor para este mundo y en una perspectiva más allá de la historia.

Esto supone que padres y educadores se atrevan a determinadas opciones fundamentales, como lo expresó tan bien Paul Ricoeur en un artículo de la revista *Esprit* (enero de 1983):

“Las estrellas del cielo ya no son visibles, la jerarquía de valores se ha desestabilizado. Entonces con toda convicción opto y me digo que no puedo hacer otra cosa. Me sitúo, tomo partido y así reconozco lo que es mayor que yo, me constituyo en deudor insolvente. La convicción es la réplica a la crisis: la jerarquización de las preferencias me obliga. No soy un fugitivo ni un espectador desinteresado”.